

# TVE 1

---

**JOSE MARIA JAVIERRE**

El lector percibirá, sin duda, cierto aire de escepticismo en esta breve comunicación de ideas religiosas por el medio televisión. Quiero confirmarle que efectivamente he comprobado una pobreza de horizonte a la hora de los planteamientos pastorales, una timidez desalentadora en los objetivos y un despiste fenomenal ante los condicionamientos técnico-económicos. Así que de ninguna manera podría colocarme, al efectuar valoraciones, en una postura optimista. Esta reflexión personal llevaría mi discurso por derroteros alejados de la respuesta concreta que el cuestionario de la encuesta me pide. Así que me atengo estrictamente a los datos requeridos.

## 1

Considero necesario distinguir tres áreas diversas:

- La primera comprende los espacios propiamente religiosos.
- La segunda, el tratamiento que lo religioso (cristiano) recibe dentro del esquema informativo: sea en los mismos «telediarios», sea en informes semanales, entrevistas, reportajes con pretexto político, cultural, artístico.
- La tercera, el clima o atmósfera general que «ahora mismo» respira el medio televisión en España cuando enfoca temas religiosos (cristianos): tanto en la televisión pública como en las cadenas «semiprivadas» actuales.

Veamos los espacios directamente religiosos.

Fue un acierto «democrático» establecer los acuerdos en esta materia entre «la pluralidad de confesiones» y el Estado: de modo que nadie pueda acusar a la jerarquía católica de exigir un privilegio. Es claro que hubiera sido absurdo pretender un minutaje correlativo «exactamente» a los porcentajes de fieles pertenecientes a cada confesión; pero la existencia de cuatro programas de inspiración católica emitidos cada semana, frente al tiempo atribuido a protestantes, judíos y musulmanes, ni parece una concesión estatal excesiva, ni ha sido, que yo sepa, criticada por nuestros hermanos creyentes de las otras confesiones.

A primera vista los programas católicos pueden agruparse en dos sectores. «Día del Señor», «Pueblo de Dios» y «Testimonio»: estarían orientados a una audiencia propia, católica, es decir, destinados a la familia creyente; por tanto, habrían de utilizar un lenguaje «recibido» dentro de la comunidad, sin excesivas inquietudes por ampliar el círculo de audiencia más allá de nuestras fronteras comunitarias. Lo cual es bello y facilita mucho el trabajo. Porque la audiencia sabe lo que se le ofrece, y sólo tiene que cambiar de canal para liberarse de un discurso si le trae al fresco. Esto no significa que los agentes del programa puedan olvidar los parámetros «normales» exigidos hoy por el espectador, sea o no creyente, a cualquier emisión. Pero no cabe duda que facilita la recepción por tener el público bien predisposto. Vaya un ejemplo significativo. Los reportajes culturales, bien contruidos habitualmente por «Día del Señor», como prólogo de la misa dominical, resultarían insoportables en un programa «normal» emitido a «hora normal». Este matiz que separa una emisión «nuestra», es decir, interna, familiar, de las emisiones que «salten a la plaza» para competir en el juego de la selección verificada por el espectador que escoge un canal dentro de la oferta múltiple, me parece absolutamente vital a la hora de planificar los espacios religiosos. Desde el punto de vista de la audiencia la acogida de una emisión religiosa se ve condicionada por la hora y por la «competencia» que otros canales presenten a esa misma hora: un espectáculo

popular exitoso y una emisión de fútbol nacional producen la caída de curva en la audiencia de otros canales. Este inconveniente desaparece colocando las emisiones religiosas en el que podríamos llamar «su espacio natural»: la mañana de los domingos. De hecho la televisión francesa reparte las horas matutinas dominicales entre las diversas confesiones religiosas, ofreciendo un abanico de espacios para que cada oyente escoja el suyo. Es, sobre todo, la hora de los enfermos o personas impedidas, que no podrán durante la jornada acudir a la celebración comunitaria en el templo.

El segundo sector de los programas religiosos previstos en el acuerdo episcopal con el Ente corresponde a «Últimas preguntas», cuya razón de ser considero no ha sido aún tomada en serio y, por tanto, está lejos de obtener la atención y asistencia que merece. Me parece oportuno decirlo en alta voz ahora que ya he dejado la responsabilidad directa del programa en las buenas manos de un excelente comunicador televisivo. En lo que yo pueda me gustaría luchar para que «Últimas preguntas» y su director obtengan el respaldo imprescindible si de veras quieren obtener los frutos que la idea del programa merece. ¿Cuál es esa idea? Como no es mía —estuvo planteada antes de asignarme a mí el trabajo en ella— puedo aplaudirla sin recelo. «Últimas preguntas» nació como programa dirigido a un público genérico, plural, para ofrecerle «alguna referencia cristiana» en el laberinto cultural, social y político de la vida corriente. Debe, por tanto, intentar la captación de audiencia «más allá» de las fronteras de la comunidad católica, suscitando interés «en cualquier caminante» que repase la oferta de programación del día. Lógicamente, ha de conservar su carácter cristiano católico, no debe disimular su propia identidad, pero tiene que abrir una plataforma de diálogo con el «mundo amplio» de los espectadores tendiendo un puente de evangelización moderna.

Lo cual impone al programa limitaciones agobiantes. Por ejemplo, un debate «en las fronteras de la fe», con participación de dialogantes increyentes, exigiría tiempo más amplio de la media hora; y, además, una «reflexión final» que «reconduzca» a los raíles de la ortodoxia las opiniones expresadas por los invi-

tados, cosa esta última que como es lógico sería intolerable. La escasez de tiempo de emisión —veintisiete minutos— imposibilita los planteamientos en profundidad, y sólo puede resolverse dando un aire ágil, quizá algo frívolo, a la emisión. Por el otro costado, la intención «abierta» del programa desazona a un abanico de espectadores católicos tradicionales que consideran «malgastar un tiempo precioso en la pequeña pantalla» y juzgan insípido, descafeinado, ambiguo un programa «que no dé la cara» y «ponga las cosas en su punto» luego de cualquier opinión emitida por un invitado increyente. ¿Quién podría hacerles comprender los intentos de evangelización desde la tele para la gran masa de audiencia incapaz de tolerar un planteamiento «beato»?

Mi experiencia personal me dice que «Últimas preguntas» no ha sido tomado en serio, ni por nuestros prelados, ni por el Ente, ni por la comunidad católica, que ahí dispone de uno de los escasos medios de penetración cultural religiosa en el helado continente de la indiferencia religiosa ambiental. Confío que en la nueva etapa el nuevo director consiga dar un paso hacia adelante; y no se vea forzado, al revés, a un retroceso. Sería lástima, porque la respuesta de audiencia ha sido muy fuerte cuando hemos ofrecido algún lote de programas verdaderamente válidos.

Me ha parecido conveniente desarrollar con alguna amplitud el punto primero y, por tanto, doy respuesta sucinta a los dos siguientes:

El tratamiento de lo religioso en los informativos de la tele hispana refleja fotográficamente la empanada mental de nuestros periodistas actuales y de nuestros políticos en materia religiosa. Quiero decir que, a veces, lo tratan acertadamente, a veces estúpidamente, en muchas ocasiones aviesamente. Imagino que alguno de los colaboradores de la revista en este número especial reflexionará en torno a esta materia incitante.

En fin, la atmósfera general del medio, fíjense que subrayo «tanto en la tele pública como en las cadenas semiprivadas» (el sistema

de concesiones tiene aplazada la existencia de cadenas verdaderamente privadas): es una atmósfera viciada, recelosa. La temática cristiana sufre desprecio por parte de los periodistas, y a ellos corresponde la elaboración de los espacios. La audiencia permanece muda, pasiva. Así que no goza España religiosa de un clima estimulante.

## 2

El planteamiento actual de los espacios religiosos no se apoya en la frescura de la noticia «viva», inmediata. Habría que crear «ese espacio realmente informativo». Quizá no sería tan difícil como a primera vista parece. «Últimas preguntas» permite apoyar su programa en temas de todo pelaje.

## 3

En la orientación actual de nuestros programas religiosos, y en las líneas de trabajo que se nos marcan, va expresa la condición evangelizadora. Ninguno de nosotros cumpliría honestamente su deber si considerara «suyo» el programa, ni siquiera con la libertad de enfoque que una tarea informativa permite hoy al periodista de medios civiles. Los programas «son una tarea que la Iglesia nos ha encomendado», y exigen, por tanto, un servicio leal por nuestra parte, al margen y por encima de las opiniones personales de cada uno de nosotros. Por tanto, la iniciativa del programa debe contenerse dentro del ámbito evangelizador: lo cual es tanto como decir que los criterios periodísticos deben estar subordinados, sin vacilaciones, a los criterios evangelizadores. No cabe duda de que tal planteamiento priva a los programas religiosos de la pimienta escondida dentro de posturas más o menos rebeldes frente a las consignas globales de la Iglesia. Pienso que la falta de lealtad eclesial en nuestros programas, tal como está en España el clima general religioso, sería un atentado a la evangelización. Por otra parte, debo dejar constancia de que a lo largo de cuatro años en la realización de «Últimas preguntas» no he recibido presiones ni

consignas por parte de la jerarquía. Tengo la impresión de que a todos los programas se nos ha dado un voto de confianza. ¿Cuentan los obispos con que nosotros, los directores, nos imponemos una autocensura para evitar choques molestos con la política? Seguro que cuentan con ello, y seguro que tratamos de responder a esa confianza. De todos modos habría que ver cuánto durarían los programas si nos dedicáramos a plantear un choque frontal con la política cada semana. ¿Sería entonces mejor que no existan los programas? No sería mejor, sería una lástima, siempre desde el punto de vista de la evangelización. Creo, y existen razones de peso para opinar así.

#### 4

Ante «Últimas preguntas», tres tipos de reacción, explicitadas con una correspondencia impresionante:

- Por el costado de la extrema derecha religiosa: acusación al programa de frialdad, ambigüedad, concesiones a la moda...
- Por el costado de la izquierda «progresista clerical»: Tímido en la apertura, vacilante, jerárquico, sumiso.
- Por el bloque central de los espectadores, creyentes e increyentes: Interés abierto, simpatía, cordialidad, hasta hacernos experimentar una confianza entre amigos.

#### 5

Creo haber respondido «de alguna manera» al desarrollar el punto primero.